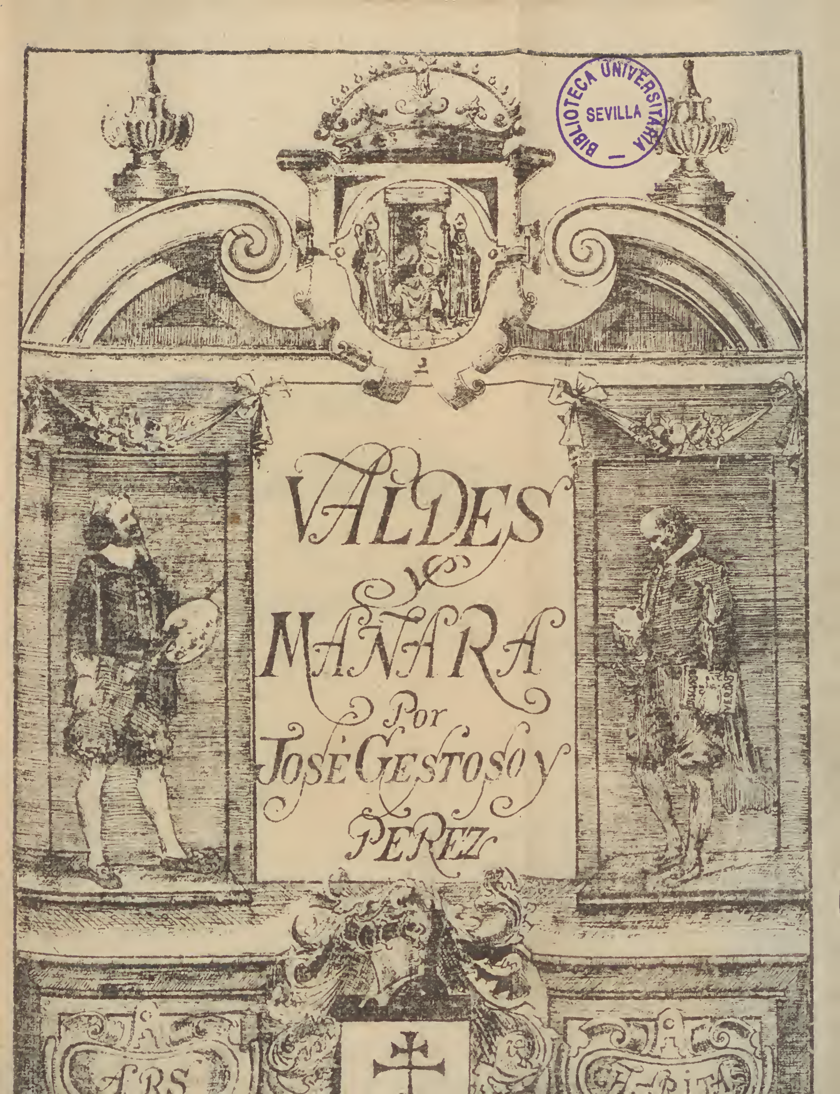



656




BIBLIOTECA UNIVERSITARIA SEVILLA
VALDES
y
MAÑARA
Por
José Gestoso y
Perez
ARS


BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
SEVILLA
Mont.º
3/8
US 482262

VALDÉS
Y MAÑARA

POR

JOSÉ GESTOSO Y PEREZ.



Tirada de cincuenta ejemplares numerados que no se venden.

Ejemplar núm. 38

al ilustre y docto escritor D. Luis Montoto y Rautenstrauch su affmo

Gestoso

DEDICATORIA

Al Excmo. Sr. D. José Gutiérrez de la Vega.

Años hace que, contemplando los dos admirables lienzos de Las Postrimerías, *creí sorprender, en el que lleva por título «Finis gloriæ mundi,» una muy significativa coincidencia: el rostro del Caballero de Calatrava, en él representado, hízome recordar sin esfuerzo el retrato del Venerable Fundador que pintó el mismo Valdés, y que se conserva en la Sala de Juntas de la Hermandad. Comparadas las dos imágenes atentamente, más afirmé este juicio, corroborado también por la observación de que el hábito militar en que se halla envuelto el cadáver es el mismo con que se honró en vida el insigne Mañara.*

No creo que ambas circunstancias sean hijas de la casualidad, y si atendemos á las naturales condiciones de Mañara y Valdés, hallaremos aun más satisfactoria explicación. He tratado de dar forma á estos pensamientos fingiendo un relato que tal vez no se apartará mucho, en mi concepto, de la verdad de los hechos, un cuento verosímil, dados los caracteres de los dos ilustres

varones á quienes debemos la gloria de poseer las pinturas que oí calificar de PORTENTOSAS *á un ilustre artista contemporáneo, al malogrado Mariano Fortuny.*

Dudo haber acertado en el bosquejo de mi cuadro, apesar del cariño con que lo he hecho, y apesar también de mi afectuoso respeto al venerable é insigne autor del «Discurso de la Verdad,» de mi admiración y entusiasmo por el artista cuyo nombre honrará siempre á la Escuela Sevillana.

Á usted, que tan entrañablemente ama las glorias religiosas y artísticas de esta ciudad, su patria, y en cuya mente bulle el intento de consagrar un escrito á la memoria de Mañara; á usted, que me ha honrado manifestando su deseo de ver impresas estas páginas, las dedico con la mayor complacencia, acreditándole de esta suerte el reconocimiento por la opinión que le han merecido, así como el testimonio del sincero y respetuoso aprecio de

EL AUTOR.

VALDÉS Y MAÑARA.

A la orilla del rio Guadalquivir, en el sitio que decian el Arenal, frontero á los altos muros de las antiguas Atarazanas reales, que la munificencia del más sábio de nuestros monarcas construyera á sus expensas, como al presente acredita marmórea inscripción con elegantes letras relevadas, solíanse juntar al caer de las tardes primaverales del año de 1670, algunos muy caracterizados varones, cuyos nombres corrian de boca en boca siempre pronunciados con visibles muestras de profundo respeto y señalada estimación, ya por las altas prendas de ardentísima caridad que á unos adornaba, ya por la vária instrucción y doctrina de los otros, ya finalmente, por gozar del peregrino ingenio de dos de los más asíduos tertuliantes, llamado el más anciano de entrambos Bartolomé Estéban Murillo y el otro Juan de Valdés Leal.

Era, por decirlo así, presidente de este bizarro y discretísimo consejò, el insigne cuanto respetable varon don Miguel de Mañara Vicentelo de Leca, caballero de la órden militar de Calatrava, que olvidado desde hacía algunos años de las humanas pompas y pasajeras vanidades del mundo, hallábase entregado al servicio de Dios, en las personas de sus hijos los pobres, para quienes despues de erigido ámplio y magnífico hospital, ocupábase en levantar suntuosa iglesia, que ya por entonces tocaba á su término, gracias á la loable solicitud con que atendía á las obras su diligente arquitecto Bernardo Simon de Pineda.

Disfrutando, pues, de la amenidad del sitio, más apacible y grato que por las galas de la naturaleza, por la autorizada palabra del insigne hermano mayor de la Santa Caridad, corrían ligeras las horas, en amigables pláticas, sobre las Ciencias, las Artes y las Letras, á veces tambien imaginábanse los remedios que parecían más fáciles para asegurar el bienestar de la república, por aquel entonces presa de la ambición de algunos poderosos, y siempre se dedicaban algunos momentos á escuchar la narración de los sucesos acaecidos en la ciudad, que hacía de bonísima gana y con singular donaire, Fray Francisco de San Agustin, mancebo, á la sazon, de diez y nueve años, que acababa de tomar el hábito y que por su elegante y galano biendecir, comenzábasele ya á apellidar con el sobrenombre de el Pulcro.

Al pié de algunos robustos y copudos álamos, sentados en anchos sitiales de baqueta, establecíase la autorizada cuanto discretísima reunión, aumentada frecuentemente con la compañía de otros sujetos, tales como el Maestro mayor de las obras de la Ciudad, el renombrado Acisclo Burgueño con su sustituto Pedro Lopez del Valle, el Veinticuatro y Procurador Mayor de ella don Juan Ponce de Leon, juntamente con el erudito y curiosísimo investigador de antigüedades sevillanas don Joséph Maldonado Dávila, cuyo inapreciable tesoro de memorias históricas, fruto sazonado de largas vigilias, habrían luego de aprovechar tanto al docto analista don Diego Ortiz de Zúñiga, su sobrino.

Empero si de una parte á todos distraía el contínuo movimiento de tantos alarifes, peones y oficiales de distintas artes empleados en la obra, ya de los que acicalaban y pulian las robustas molduras de ladrillo, ya los que trasportaban los materiales, ora los aserradores de piedra, ora los herreros manejando y disponiendo á su antojo del resistente metal, y unido esto al incesante ruido de los artificios destinados á elevar las maderas, las mezclas y demás útiles necesarios para la fábrica, todo este animado conjunto á la verdad que hubiera sido bastante de por sí para tener fijas las miradas de todos, si á sus espaldas, y muy inmediato al sitio en que se hallaban, no hubiera otros justos motivos para cautivar la vista y deleitar el ánimo. Volviendo el rostro, ofrecíase desde luego la inmen-

sa mole de la Torre del Oro con su corona de puntiagudas almenas y sus estrechas aspilleras, cuyos piés besaba Guadalquivir y en torno de la cual se formaban alegres camaradas de pilotos, mareantes, armadores, soldados, arraeces y galafates, relatando unos sus mentidas proezas en Milan, Nápoles ó Génova, otros sus dilatados viajes por Africa y las Indias, con los maravillosos hechos en ellos ocurridos; habíalos que encomiaban las asperezas de la vida militar y aventurera, á pesar del hambre y la fatiga, de las pesadumbres del cuerpo y los sobresaltos del espíritu, que presto se olvidaban todos entre la estruendosa algazara y siempre alegre concurso de las ventas, figones y hosterías. Si esto acontecía en el paraje determinado, más allá otro grupo próximo hallábase formado de mercaderes, comerciantes y corredores de lonja lamentándose acedamente los últimos del número de zánganos, que á título de tales corredores se entrometían en los negocios, no obstante las severas penas que S. M. del rey D. Filipo IV dejó impuestas sobre ellos en una de sus últimas reales cédulas, encaminada á impedir los graves daños é infinitos males que de este abuso se seguían.

La muchedumbre que acudía tambien al mismo sitio dedicada en parte á descargar los galeones de los tesoros procedentes del Nuevo Mundo y de otras apartadas comarcas, los alegres cantos de la chusma y de los marineros, el incesante hormigueo de tantos seres, ataviados los más con galanos y bizarros trajes; los caba-

lleros vestidos de tabí negro con pasamanos de torzal ú oro los unos, de rica sarga de color amusco los otros, con sus capas de ormesí guarnecidas de puntas francesas, ó franjas de Milán y peregrinas botonaduras de confitillo y espejuelos, cadenas de filigranas y sombreros con rosones, cintillos y lazos donde resplandecían diamantes, por otra parte las damas, aumentando la belleza de sus peregrinos rostros, con los ricos camelotes de Venecia, dobles tafetanes que llamaban espolinados, generalmente alivio de lutos, velillos de plata fina y otros mil y mil lucidos aderezos que dejaban suspenso el ánimo con el recreo de los ojos. Seguian muy de ordinario formando gallarda comitiva, los pajes y lacayos, con sus libreas verdes ó azules, jubones y coletos atacados con trenzas y cordones, sin que faltasen enmedio de tanta ostentación formando notable contraste, los trajes severos de los letrados, eclesiásticos, magistrados, frailes, ministriles y estudiantes con sus ropones y hopalandas, lobas y garnachas. Tal era el aspecto que ofrecía la orilla del Guadalquivir, en cuyas tranquilas aguas se mecian formando por decirlo así el fondo de este cuadro las grandes naos de altas y talladas proas, con sus mil banderas, pendoncillos y gallardetes, enhiestos mástiles y blanquísimo velamen.

Más de una vez tornaron el rostro los tertuliantes de su merced del señor Mañara para contemplar tan lucido conjunto, que á veces interrumpian los gritos de la multitud alarmada

por la riña de algunos bravos de "espátula" y "gregüesco" ó de algun valenton de embeleco que en un abrir y cerrar los ojos, movían finjida pendencia, que aprovechase y diese ocasión con la tramoya, para que enmedio de la refriega, tentasen las faltriqueras y desbalijasen los bolsillos de los circunstantes, algunos redomados pícaros, rufianes de profesión, ó aventajados traineles, que sin pagar pechos ni alcabalas por su oficio, sacaban pingües productos ya cortando las bolsas, ya promoviendo espantos, burlas, matracas, alborotos y cuchilladas.

Mas dejemos aparte estas ó analogas escenas, que con tanta frecuencia se repetian y à que daban pábulo las próximas miserables "boticas„ de la mancebía, asilo de rufos y matones, de envalentados y giferos, y sin parar la vista en otros objetos dignos de atencion como el convento de los Remedios, morada de la religion carmelita, las torres y ábside de la iglesia de Santa Ana, el gran puente de barcas y los denegridos torreones del castillo de S. Jorge, asiento del Tribunal del Santo Oficio, vengamos á escuchar la sazonada y amena plática que sostenían á la sazon, en el paraje que quedó indicado, los respetables varones, cuyos nombres conocemos.

Habíase hablado de las nuevas obras que por encargo del Hermano Mayor de la Santa Caridad pensaba llevar á cabo Bartolomé Murillo en breve plazo, y de manera que presto adornasen los muros de la iglesia, viniéndose de aquí á discurrir acerca de otra, que con la mayor urgencia

se hacía necesario llevar á cabo como era la construccion del gran retablo mayor, pensamiento que desde algunos meses atrás estaba fijo en la mente de don Miguel de Mañara. Sustentaba este la opinion de que el asunto debería representar el enterramiento de Nuestro Señor Jesucristo, por cuanto uno de los mas altos fines de la Hermandad y de sus principales deberes era el de sepultar á los muertos y ajusticiados, y tanto satisfizo á todos este parecer, que á seguida hubieron de hacerse indicaciones acerca del artífice á quien se encomendase su ejecucion, no faltando sin embargo algun apocado espíritu que manifestara sus temores, pues careciendo la Hermandad de recursos no era ocasion oportuna para acometer todavía tan costosa empresa, viniéndose por último á concluir, segun frase del venerable Mañara, que los gastos todos se librasen del inmenso tesoro de la Providencia. Aun duraba la amigable controversia cuando llegóse á saludar á la reunion un sugeto que á pesar de lo irascible y colérico de su temple, era por las dotes de su soberano ingenio estimadísimo de todos, y á quien decian D. Juan de Valdés Leal.

Aun más sério y reflexivo que de costumbre mostróse aquella tarde y cambiados los saludos, sentóse en uno de los sillones, apoyó la cabeza en el puño cerrado de la diestra mano, permaneciendo así durante largo rato. No estrañaban sus amigos ni su profundo silencio ni su reposada actitud, pues aquel fiero é impetuoso

carácter á no ser por el dominio constante que sobre él ejercia la razon extraviábase fácilmente, como no hacia mucho tiempo aconteció, persiguiendo espada en mano por las Gradas de la Catedral á un pintor forastero, sólo por qué durante algunos dias llamó la atencion de los sevillanos con un nuevo método en el diseñar de las figuras. Apesar de esto los circunstantes creyeron advertir que aquella tarde enarcaba con frecuencia y fruncia las pobladas cejas dando al rostro una expresion de marcada dureza, cual si luchase por alejar de la mente pensamientos poco halagüeños.

Interrogáronle algunos, pero secamente contestaba á las preguntas con monosílabos: al fin Bartolomé Murillo dirigióse á él. ¿Podría hacernos favor su merced del Sr. D. Juan de manifestar la causa de la tristeza que hoy lo embarga....? ¿Qué pesadumbre le tiene acongojado.— Nada, señor Bartolomé, respondió Valdés, con el mismo áspero acento.

Avivada la curiosidad de todos, instaron al señor Hermano Mayor á que de nuevo le preguntase, pues atendido el gran respeto que todos le profesaban, daría el resultado apetecido; no se engañaron: D. Miguel Mañara hubo con su bondad acostumbrada, de interrogarle, y ya entonces, Valdés más sereno y tranquilo, empezó á hablar grave y reposadamente de esta suerte:

Hallábame anoche en mi aposento y concluia de leer las Confesiones de nuestro gran Padre San Agustin, cuando rendido ya el cuerpo por

el fatigoso trabajo de todo el dia, y cansado ya el espíritu, poco á poco el sueño comenzó á posesionarse de mi cuerpo, dejé caer la cabeza sobre el respaldo de mi silla, y en tal disposicion, quedéme profundamente dormido. A deshora me creí trasportado á un sombrío y húmedo lugar, semejante á la bóveda subterránea de una iglesia, donde la densa oscuridad quitaba la vista á los ojos. Poco á poco fuí distinguiendo, primero, confusa masa formada por un monton de extraños objetos, que cada momento se mostraban más perceptibles: al pié de cerrada tumba y sobre ella, habia régios y purpurados mantos cerca de pluviales capas, coronas de emperadores y reyes, mitras y tiaras, voluminosos infolios y piezas de bruñidos arneses, espadas y cetros junto á globos y esferas geográficas, todas las grandezas de la tierra, los atributos de las ciencias, de las artes y de las armas, cuanto honra y sublima al flaco entendimiento humano vílo representado en aquel tan corto espacio de tierra. Un ruido extraño, llamó la atencion á mis espaldas, como de alguna cosa que rechinase lentamente, y en breves instantes mostróse á mis ojos, descarnado esqueleto, que la blancura de sus huesos hacía resaltar sobre el negro fondo: llevaba bajo el siniestro brazo un ataud, y en la mano derecha una hoz; adelantándose fué hasta el monton que holló con dura planta, y con la hoz parecía segar sin descanso todas aquellas pompas. Paróse como fatigado, y estendiendo el descarnado brazo enmedio de las sombras, ví

aparecer un candelero que sostenia un blandon, del cual, súbito brotó la llama, y al par que el esqueleto señalaba en torno de la luz con el dedo índice, mostróse un letrero que decia: "In icto oculi."

Así fué, en un abrir y cerrar los ojos, pues no bien hube acabado de leer el letrero, me ví despierto y solo en mi aposento. Callóse don Juan de Valdés Leal; la vision terrorífica habia impresionado á los circunstantes y por algunos momentos todos estuvieron silenciosos. De nuevo el interlocutor, con voz apagada y trémulo acento, dijo estas razones. Cuando medito sobre la triste y deleznable condicion humana, después de habérseme mostrado lo efímero de las pompas y vanidades terrenas, y considero que acaso mañana todos los que aquí nos encontramos podremos ser pasto de gusanos; en vez del sol que nos anima han de rodearnos la lobregéz, é infectas humedades y las obras de nuestro entendimiento y las empresas é insignias, testimonios de poder caerán como las mieses del estío bajo la guadaña del segador, paréceme que todo lo del mundo es solo un sueño como el pasado y como á tal debemos considerarlo. Hoy somos y mañana habremos de desaparecer. La virtud misma ha de pasar por tan duras pruebas, y acaso no esté lejano el dia en que tambien su merced del señor Mañara encuentre la eterna posada para su cuerpo en algun oscuro subterráneo y asqueroso pudridero: no le defenderá de la corrupcion el militar manto, pues sobre él

han de andar los gusanos como en propia morada, sus ojos apagados serán hedionda masa, y de sus labios, que hoy brotan caritativas enseñanzas y saludables doctrinas, saldrá repugnante pestilencia. Los terciopelos y pasamanos de oro de su ataud, las sedas franjadas y el raso, todo, ha de verse hecho jirones, todo destrozado y súcio, manchado por la humedad y por la podredumbre. Yo creo ver á su merced teniendo por sola compaña el podrido cuerpo de algun santo arzobispo, por el cual tambien se pasearán los gusanos y en cuyo rostro lívido y amoratado apenas han de distinguirse las facciones carcomidas y en putrefaccion. Los guantes de seda y los zapatos de raso, caidas sus telas mostrarán las manos y los piés ya descarnados, y allá en el fondo, sobre un monton de huesos, haciéndoles compañía, solitario buho, único ser que allí vivirá. Yo pondría debajo y al pié de los dos ataudes un letrero diciendo: "Finis gloriæ mundi.„

Dichas estas palabras y callado don Juan, toda la tertulia permaneció en silencio durante algunos momentos. Comenzaba á oscurecer, y antes de la hora acostumbrada, que era al toque del AveMaría, que todos rezaban devotamente, levantóse de su asiento D. Miguel Mañara, y dirigiéndose á Valdés dijo: "Bien podría hacer Vuestra Merced de trasladar al lienzo las imaginaciones de que nos ha hablado para que sirvan de enseñanza y aprovechamiento de todos.„ Pocos instantes despues abandonaron el sitio

los sugetos que componian la tertulia del señor Mañara dirigiéndose á sus respectivas moradas.

. . . .

Con singular extrañeza observaron los servidores que velaban en el Santo Hospital de la Caridad que durante toda la noche habia permanecido encendida la luz del aposento en que habitaba el Hermano Mayor, pero nadie se atrevió á interrogarle considerando que algun grave asunto de la Casa lo tenia despierto. Una vez en su habitacion el Sr. D. Miguel, despojado del ferreruelo el sombrero y la espada, sentóse á la mesa donde trabajaba, y dejó caer la cabeza sobre el pecho, quedándose en esta actitud largo rato. Graves debieron ser los pensamientos que á la sazon ocupaban su mente, pues á veces sin darse cuenta murmuraba ininteligibles frases, otras exhalaba suspiros de lo más hondo del pecho, ó bien con el pañizuelo enjugábase el frio sudor que corria por la frente. Hubo un momento en que pareció más calmado y entonces despues de alcanzar la pluma y algunas hojas de papel, escribió reposadamente sobre la primera: "Memento homo quia pulvis est et in pulverem reverteris„ siguiendo así sin descansar durante la noche entera.

A la mañana siguiente, cuando los débiles rayos del amanecer se introducian por los intersticios de las puertas, D. Miguel de Mañara, dejando la pluma presa de febril agitacion, trémulo, con semblante cadavérico dirigióse á una de las ventanas del aposento y la abrió ponién-

dose á leer lo escrito. Una vez terminada la lectura, llegóse de nuevo á la mesa tomó la pluma y á la incierta luz de la lámpara que empezaba á chisporrotear, escribió en la primera hoja: "Discurso de la Verdad.„

Pocos dias despues de haber relatado su sueño á la docta tertulia el señor Juan de Valdés Leal, bajaban á la bóveda de la parroquial de Sta. Cruz, las personas de un sacerdote y un seglar, el primero de edad avanzada, el segundo todavía jóven, llevando éste bajo su capa un bulto que despues se vió lo que era. A la luz de dos hachas de cera fueron guiándose por aquella oscuridad atravesando por cima de los muchos ataudes que habia diseminados por el suelo ó rodeando á veces para no pisar las osamentas esparcidas.

Llegado á un sitio paróse el más jóven ante un lujoso féretro forrado de terciopelo carmesí con pasamanos de oro y poniendo su diestra sobre la cerradura abrió la tapa retrocediendo ambos por el insufrible hedor y repugnante conjunto que se ofrecía á sus ojos. Un cadáver ya putrefacto yacía en el ataud envuelto segun podía verse á la vacilante luz de las hachas en un manto de órden militar. El anciano sacerdote apartóse, pero el jóven por el contrario, llegóse hasta inclinarse sobre el muerto que estuvo examinando atentamente á pesar de la pestilencia.

Despues de contemplarlo silenciosamente no satisfecho todavía anduvo buscando otro

féretro que encerraba el cadáver de un sacerdote, en igual estado de descomposicion que el del caballero, pero como estuviese algo distante, con sus propias manos lo empujó hasta acercarlo. Una vez colocado segun deseaba, quedóse de pié fijos los ojos en ambos y volviéndose al sacerdote dijo: "Ya tengo aquí lo que quiero„ mañana comenzaré mi trabajo. Dicho esto alejáronse los dos de aquel sitio y subiendo la escalera de la cripta llegaron á la Iglesia. Hasta mañana señor Cura dijo el jóven. Dios guarde á su merced del Sr. D. Juan de Valdés, contestó el sacerdote.

Durante algunos dias abrióse para el artista la entrada de la bóveda, dentro de la cual pasaba muchas horas. Alguien que hubiera podido sorprenderlo al siguiente de haber bajado con el señor Cura habría visto que bajo la capa ocultaba un pequeño lienzo en el cual hallábase pintada una cabeza de varon semejante, en un todo al señor D. Miguel de Mañara Vicentelo de Leca.

Meses despues eran invitados los sugetos que estuvieron presentes la tarde primera de que se hace relacion en este escrito, por encargo del Hermano Mayor de la Santa Caridad á que viesen unos lienzos que para el Santo Hospital habia pintado don Juan de Valdés y á que él decia los cuadros de las "Postrimerías."

Fueron todos puntualísimos á la cortesía del Sr. Mañara y en uno de los pátios, aparecieron ámbos cubiertos por un lienzo. Cuando los despojaron de este todos los asistentes retrocedieron

mudos de espanto, hasta el mismo Bartolomé Estéban Murillo, quien volviendo el rostro hácia el lugar en que estaba Valdés, le dijo "Compadre, esto es preciso verlo con las manos en las narices." A lo que aquel respondió "Vmd. se ha comido la pulpa y yo tengo que roer los huesos, pues que tampoco puede mirarse sin provocar á vómito vuestra Sta. Isabel." Otros sujetos de alegre y festiva condición allí presentes, mostraron tambien su espanto á la vista de tan terribles imágenes de las humanas postrimerías, y más notando claramente que Juan de Valdés había retratado al señor don Miguel Mañara en el caballero del hábito de Calatrava yacente en el ataud próximo al del prelado. Pocos días despues en cabildo celebrado por la Hermandad, acordóse otorgarle la recompensa de 7.000 reales al insigne maestro por sus dos lienzos que desde entonces causan la admiración de propios y extraños y tan elocuentemente enseñan lo efímero de las vanidades y grandezas terrenas.

Por relacionarse con lo anteriormente escrito y por su curiosidad, copiamos á continuación varios documentos que hemos hallado el primero en un papel anónimo de la riquísima Biblioteca Colombina que dice así: "Bernardo Simon de Pineda, maestro arquitecto, vecino en San Salvador como principal; Juan de Segura, platero, y Juan de Valdés, maestro pintor, como fiadores los diputados de la Hermandad de la

Santa Caridad, y Pedro Roldan, otorgaron escriptura ante Juan del Pino y Alzola en 19 de Julio de 1670 y en 12 de Abril de 1673 dió carta de pago el dicho Bernardo de 12,500 ducados, los 12,000 en que fué ajustado el retablo y los 500 de guante.

Juan de Valdés, maestro del Arte de la Pintura en la Collación de San Andrés dió carta de pago de 10,000 ducados por el dorado y estofado del cuadro del Altar Mayor sobre que se había otorgado escriptura ante Juan del Pino en 23 y 26 de Octubre de 1673 y se chanceló á 6 de Febrero de 1675. Por una cuenta, consta que Juan Gonzalez fué Maestro Mayor en la obra de la Iglesia de la Santa Caridad y por recibo suyo de 3 de Agosto de 1653 sabemos que recibió desde 5 de Enero de 1652 hasta 3 de Agosto de 1653, 20,853. mrs."

"En 26 de Septiembre de mil y seiscientos y quarenta y ocho yo el Ldo. Al°. Perez de Torres beneficiado y Cura propio de la ig.ª parroquial de Sor. San isidro de esta ciudad de Sevª. baptize en ella a Isavel francisca hija legitima de Bar.me esteban Murillo y de D.ª Beatris de Cabrera y Villalobos: fue su padrino ju° Pablo Cornexo todos vec°s de dicha collacion y el padrino fue advertido del parentesco espiritual y en fee de ello lo firmo

Ldo Al° Perez de Torres—rúbrica: al margen Isabel Francisca.

En siete de Abril de mil y seisc^{tos} y cinq^{ta} años yo el Lic.^{do} Alonso Perez de Torres Cura de la Parroquial de Sor. San Isidro desta ciudad de Sev^{a}. baptize en ella a Joseph esteban hijo legitimo de Bar^{me} esteban Murillo y de D.^{a} Beatriz de Cabrera vez^{os} desta dicha collacion fue su padrino Don Miguel Mañara cavallero del habito de Calatrava vez^{o} de la collacion de San Bar^{me} el qual fué advertido del parentesco espiritual y en fee dello lo firme

Lic.^{do} Al^{o}. Perez de Torres—rúbrica—al margen Joseph Esteban.—Lib 6.° de Bautismos año de 1646—fol^{s} 22 y 34.

En una de nuestras visitas al Hospital de la Caridad, hace años, vimos sobre la mesa de la Sala Capitular un libro de Actas de la Hermandad, cuidadosamente guardado en una caja de cartón, y que, según nos dijeron, estaba allí para mostrar á los visitantes de la Casa la firma autógrafa del V. Fundador. Abierto casualmente para ver aquélla, tropezamos con una de las actas de 1672, en que se contenían varias partidas referentes á gastos relativos al decorado del templo, conservando en nuestra memoria una que decía así: «Lienzo y molduras doradas de Gerolificos de nuestras Postrimerías 5.740 rs.»

✠

Acabóse de imprimir el presente folleto
en la muy noble ciudad de Sevilla
en casa de los Sres. Gironés y
Orduña, el dia 22 de Mayo
de mil ochocientos no-
venta años de Ntro.
Sr. Jesucristo.







